

Mariano Latorre

## EL ZAPATERO DE LLALI

### I

**Q**OR cinco años perdí de vista a mi amigo Luis Urrutia, compañero de internado en un liceo de provincia. Yo no lo habría reconocido nunca. Fué él quien me dirigió la palabra en el mesón de un bar, una mañana. La cara nada me dijo en el primer momento, pero la leve pausa que siguió a la pronunciación de mi nombre y a mi mirada de interrogación hicieron sonreír a mi amigo y esta sonrisa buena me acercó en el tiempo su personalidad.

—Ha cambiado usted poco—dije a guisa de saludo—Quizá más alto y más gordo.

—Sí, más alto y más gordo. Es que he madurado.

Y luego, sin transición, como si no hubiese pasado un lustro desde nuestra vida de internado, me preguntó:

—Bueno ¿qué te sirves?

—Una cerveza.

Lo miraba fijamente. A pesar de la obesidad precoz, su agilidad física y espiritual no había variado; sus mismos ojos azules, ligeramente enrojecidos en

los bordes; sus mismos gestos precipitados. Recordaba que todo lo hacía como si el tiempo lo apremiase y se sintiera reclamado por otras ocupaciones que naturalmente no existían o que se creaba él mismo con cualquier pretexto. Lo importante era dar salida a esa fuerza que germinaba dentro de él, fuerza cuyo origen estaba en su formidable apetito y en la energía con que su organismo asimilaba las sustancias ingeridas. Lo veo haciendo conchavos con los más pequeños, rifas, paquetes de cigarrillos ordinarios que hacían llegar los panes y las chauchas de las mesadas a sus bolsillos siempre atestados de baratijas. Bajo aquellos viejos corredores, en forma de claustro, del Internado de Talca, se incubaba el pequeño agiotista que había llegado a ser. No era un buen alumno. Sólo en la cercanía de los exámenes lo veía embucharse furiosamente los conceptos matemáticos o las definiciones gramaticales, encaramado en una acacia que había en el fondo del patio y que nadie se atrevía a disputarle. A veces, al pasar bajo los árboles, oía un *pst* que llegaba de lo alto. Veía, primero, un zapato destrozado, sujeto con un bramante; luego la cara de Urrutia, un cigarrillo amarillento pegado a la lengua como si formase parte de ella misma; la voz atarantada consultábame:

—¿Qué son sustantivos cognados, Latorre?

Oída la explicación, acurrucábase en la horqueta del acacio, bajo la verdura sombría del follaje primaveral.

Era hijo de un pequeño agricultor de Perales, a orillas del Maule. Un año de malas cosechas, el padre no tuvo dinero para pagar la pensión del Liceo, y Urrutia se empleó en una Notaría. Este detalle lo supe por el mismo padre, un viejecillo arrugado que había conocido a mi abuelo y a quien encontré en el tren local una tarde.

Ví a Urrutia muchas veces en las calles de Talca. Iba vestido en forma grotesca. Perseguía a las sirvientitas que, de los fundos, traían los hacendados a la ciudad; no volví a verlo después.

Sonreí a estos recuerdos; y él sentíase penetrado también de la atmósfera simpática que, del pasado, venía a refrescar nuestro espíritu: era un retazo de juventud el que revivía frente al vaso de cerveza, en el bullicio del bar. Observaba, ahora, su vestimenta: zapatos yanquis de gruesa suela; traje de sport; botones de cuero por todas partes; había aún algo de aquella elegancia de pacotilla de la juventud.

—Tengo una mina en Llali, en la costa—me explicó a una pregunta mía—. Descubrí el filón por una casualidad. Allá en el Norte me acostumbré a conocer las piedras y a saber su ley. El mineral se presenta en reventazones de primer orden. Debo luchar, sí, con la falta de capital. Es la de todos los mineros sin plata. Descubrir para que otros exploten. El socavón es ya grande y hay que enmaderarlo. Tendré que venderla, porque no he podido formar una sociedad; ¡Han fracasado tantos mineros en Chile! Vengo precisamente a ver unos franceses que se interesan...

Bebióse de un trago su cerveza; se limpió el sudor con un albo pañuelo. Observé las colleras de oro de su camisa de céfiro; de su mina, probablemente.

—Es mi papel—continuó—buscar capitalistas para los filones que descubro. Soy, en pequeño, una especie de Mr. Braden, que ha empezado la explotación de varias minas para venderlas a sociedades capitalistas yanquis.

Una pausa. Mi amigo agregó:

—Debieras hacer un viaje a Llali. Te interesaría, porque es un rincón donde se conserva un Chile de otra época, distinto del norte y del sur; hay de colonia y de conquista. Imagínate que aún los campesinos llevan el apellido de sus antecesores chan-

gos, esos indios costeños que comían pescado. Hay un barretero en la mina que se llama Felipe Nahuel. Otros tienen caras de españoles; no son morenos; son colorados; no sé por qué. En Llali hay un boticario que te lo puede explicar.

Lo miré alegremente: era un flúido de atracción simpática, liviana, el que se desprendía de aquellos ochenta kilos musculosos; de los rolletes de carne que hinchaban las sisas de su chaqueta. Sentía placer en contarme la vida del rincón donde su espíritu vagabundo lo había llevado, muy a su pesar, se me ocurría. Estaba consciente de su esfuerzo, dado el carácter de los chilenos. Considerábase un hombre de negocios a la manera norte-americana.

Debió notar esa chispa voluptuosa, esa irrefrenable curiosidad que me domina al descubrir un aspecto de la vida de mi pueblo, pues se adelantó a decirme:

—Yo me voy mañana a Llali. Nos encontramos en la estación, si quieres. Bajamos en Quilquihue; ahí buscaremos un caballo para tí. Las comodidades en la mina no son muchas, pero el aire es tan bueno que no permite que uno lo note. Es una mezcla de cerro y de costa. A veces hace frío; llévate un poncho...

No esperó mi aceptación. Pagó el consumo con esa generosidad espontánea del que no da importancia al dinero. Agregó:

—Y pantalones de montar.

Se despedía. Los franceses lo esperaban en el restorán Santiago. Entre un trozo de langosta y un Chateaubriand los convencería.

En la calle me recomendó:

—No faltés. Mañana, a las 8½ en la Estación Central. Oye.— Me detuvo de nuevo y para decirme quizá me notició.—En Llali hay una partida de salteadores que aparecen sin saber cómo en los

despachos de los fundos y a veces en las casas. Nadie los ha podido pillar, ni los carabineros.

\*\*\*

No dejó de extrañarme el que me diese esta noticia que, para un hombre de ciudad, no era muy agradable; sin embargo, había en sus palabras y en su voz tal serenidad, que mis dudas no se formularon. No abrigaba el más mínimo temor de ser asaltado por esos típicos bandoleros de la costa, cuando caminábamos al tranco de nuestros caballos hacia Llali, bajo la mañana de otoño, suave de luz y fresca del rocío reciente.

Ocurrióme que mi curiosidad se despertó; diéronme deseos de conocer aquel medio donde, según mi amigo, los hombres, dueños antiquísimos de pequeñas parcelas de tierra, hacían de vez en cuando asaltos a los despachos de los fundos, formados posteriormente por los nuevos ricos, por extranjeros; asaltos técnicamente preparados y con gran conocimiento del dinero existente en la caja y de los medios defensivos de los comerciantes. Desaparecían luego sin dejar rastros.

Cada uno de los arrieros que tropezábamos en una revuelta del camino, detrás de sus mulas cargadas de sal, podía ser alguno de los miembros de la banda; podía serlo, igualmente, el mocetón que, envuelta la cintura en roja faja desteñida, volvió la cara al paso de nuestros caballos, en el cruce de dos caminos, apoyado con negligencia en el varón de una casa campesina.

—Estos asaltos son muy espaciados—me explicaba mi amigo—, como para dar tiempo a que se olviden, de ahí que los despacheros no se alarmen y tampoco los dueños de fundos que vienen de vez en cuando al campo.

—Es claro que los salteadores no son de fuera—le argüí.

—Es casi seguro, aunque otros opinan que por lo menos el jefe es de Llali. Los pacos que hay en el Cuartel de Policía de Llali no se atreven a hacer ninguna pesquisa seria. Se habla sobre todo del jefe. Lo han visto de lejos, en un asalto, hace dos meses, al despacho de un fundo que está detrás de esos cerros. (Mi amigo muestra una masa roja que salpican matorrales oscuros y casuchas pardas.) Es un hombre muy alto, dicen, que se para en la puerta de las casas asaltadas y dispara con dos chocos al aire, uno en cada mano. La banda, entretanto, saquea el almacén. Luego, desaparecen. No hay más detalles del hombre. La imaginación popular no ha descubierto aún el rasgo característico con que va a ser conocido en la tradición de estos campos. No ha hecho muerte ninguna y, cosa curiosa, se ha robado las cuentas y vales de los gañanes; tiene, por esto, una popularidad muy grande en toda la montaña.

Mi amigo me comunica poco a poco su confianza. El bandido de Llali no es un vulgar salteador de camino. Hay, en estos asaltos, una oculta orientación, no sé qué de vengativa justicia o de revancha social.

Mi amigo calla unos instantes. Mientras tanto, miro voluptuosamente el paisaje costeño con su muerto oleaje de cerros rojos o grises, en el vuelo de cuyas faldas se amontonan las cabezuelas canosas de los cardos secos por el otoño; ovejas oscuras, pesadas, mordisquean los tallos cenizos con un rápido crac de fibras tronchadas; ni un aguazal, ni un estero humedece la secura de la tierra en descanso; en las cunetas, la roja punta de los saltaojos; de entre riscos, rayados por grietas profundas, sale la mano espinuda de unos quiscos o la chimenea vieja de una pulla; en las cercas balancéase el cuerpo vivaracho de las tencas; las diuquitas chilenas alegran con su

fresco chiu chiu la calma de la mañana otoñal. Un cielo inmenso, donde se desmenuza poco a poco la tela de una nube inmóvil, limita el árido perfil de los cerros dormidos.

## II

En un hondón fértil disimulábase la aldehuela, entre alamedas doradas por el otoño; un esterillo gorgoriteaba en su cauce amarillo, ensordecido por lamas verdosas y arenas rubias. Montón irregular de casas de barro oscuro y de ranchos con techo de totora, la aldea de Llali producía también la impresión de que el otoño la hubiera secado como al paisaje entero. Veíanse casas abandonadas, cuyas ventanas negras eran como ojos vacíos; en los patios, entre higueras retorcidas y perales enanos, los cardos enmohecían el suelo con su nota quemada. A cada movimiento del aire una nube de vilanos desprendíase de las cabezuelas blancas y se repartía por el campo. En los techos sangraba la llama de los ajíes puestos a secar.

Almorzaríamos en casa del boticario del villorio.

—Porque, a pesar de su pobreza, el pueblo tiene botica. Vas a conocer al doctor; es hombre curioso, farmacéutico recibido, yo he visto el título, pero por una historia de envenenamientos el hombre se ha desterrado en Llali.

La casa del boticario está enjalbegada: sobre la puerta de madera sin pintar hay un letrero: *Botica*. Se ve un viejo mostrador desnivelado: unos recipientes llenos de polvo donde se aconchan los típicos líquidos teñidos de las boticas; sobre él y sobre los recipientes, la cabezuela de un viejecillo flaco que mira por encima de sus gafas encaramadas en la punta de la nariz: una cabellera blanca contrasta

con el color cetrino de su cara. Recuerdo la cabezuela de un cardo seco.

—¿Cómo está don Eleuterio?—se adelanta mi amigo—. Le presento a don Mariano Latorre, escritor de Santiago que viene a conocer la tierra de Llali: la tierra del oro y de los salteadores.

El viejo me tiende con un movimiento lento su mano: mano flácida, manchada de ácidos; su voz es lenta, desganaada:

—Pase, señor. Gusto de conocerlo. Usted sabe, don Lucho. Ahí está don Juan. Tenemos chicha nueva.

Mi amigo experimenta una alegría desbordante al oír el nombre de don Juan.

—¿Cuándo no? ¡Donde haya chicha ahí estará don Juan!

Pienso en parrandas de aldea; en las comilonas copiosas con que pasan el tiempo los campesinos.

Atravesamos una puerta al fondo de la botica. Un aldeano, que lleva un harapo sanguinolento a modo de cabestrillo, se disimula en un ángulo.

Mi amigo pide desde el umbral:

—¿Quiere decirle a Mañungo que lleve los caballos al cuartel, don Eleuterio?

Típica pieza aldeana la en que entramos: paredes blanqueadas: una mesa con un hule descascarado. Un hombre, con uniforme de la policía rural, lee un periódico atentamente. Ante él hay un vaso de chicha del color oscuro de las gredas mojadas. Levanta la cabeza al oírnos. Es también un viejo, pero el reverso del boticario: ancho, de hinchadas mejillas, pelo obscuro veteado de canas; es fuerte, pero tiene ese no sé qué de avejentado, de mala calidad de las gentes aldeanas.

Se levanta flojamente para saludar.

—¿Cómo está, don Luis? ¿Acaba de llegar, no?

—Sí, señor, en este momento. Me le vengo a hacer el convidado al doctor.

Vuelve la vista al oír esto. Mi amigo sonrío. El cazurrismo aldeano no quiere comprometerse con un nuevo convidado al almuerzo. Hay algo preparado. La chicha para el pernil o el pernil para la chicha.

—Le mandé los caballos al cuartel, don Juan.

—En su casa está, don Luis.

Se levanta a buscar dos vasos, de sobre la pequeña alhacena. La chicha burbujea en ellos con vida propia. Dulcísima, recién estrujados los racimos.

—¿Y qué hay de los salteadores, don Juan? ¿No ha caído ninguno?

Una actitud de embarazo se pinta en la cara del comandante. Supongo que es mi presencia. Concluye por responder calmadamente:

—Algunas pistas tenemos, pero estos diablos se hacen humo. Píer que zorros estos bandidos de Llali. Se esconden hasta debajo de las lajas. Y la gente de los campos, ¿cuándo sabe algo?

Mi amigo nota que el aldeano no quiere comprometerse frente a un extraño y apura la nota.

—Yo creo que los pacos tienen miedo. Los carabineros debieran hacer la pesquisa. Es excelente la idea de cambiar estas policías rurales por carabineros. El orden se restablecería rápidamente.

—Los carabineros tampoco han hecho gran cosa —responde sin alterarse el comandante, como si comprendiese el tono humorístico de mi amigo—. Ayer se fueron a Melipilla y no tienen para cuándo volver. Esos, si no tienen buen asado y pasto abundante no hacen pesquisas.

Y después de una pausa:

—Es policía para países ricos, don Luis.

En ese instante entra el doctor. Se sienta a la mesa y bebe su vaso de chicha con voluptuosidad. Vuelve a hablarse de los bandidos de Llali y del célebre capitán de los chocos.

El boticario opina que es un famoso bandido del sur, el *Pájaro Niño*, que se ha venido a pie desde Arauco hasta estas montañas.

Entra una muchacha a poner un mantel sobre el hule descascarado: morena, dura; sus ágiles pasos tienen una gracia acre, un atractivo de flor de campo: una sana sensualidad hincha los gruesos labios rojos. Mi amigo la sigue con los ojos: y al salir la chiquilla no puede reprimirse:

—¿Y ésta, don Eleuterio?

El viejo entreabre la boca: es una mueca cínica la que se escapa por entre los dientes ennegrecidos:

—¿Y no la conoce, entonces, don Luis?

—No recuerdo: estas chiquillas de pueblo se parecen como los zuecos viejos.

—Es la hija del viejo Venancio, del herrero de su mina.

—¿Sí? Yo la vi en el Norte chiquita; y era más negra que un pollo trintre; ¡qué modo de cambiar!

—Es que hay que esperar la primavera pa que las potrancas pelechen, don Luis.

—Me la voy a llevar a la mina. El viejo Venancio no sabe más que hacer porotos.

—Por algo el viejo Venancio la habrá escondido del patrón—apuntó el Comandante.

—Este Don Juan es medio mal hablado—replica mi amigo.

Salpimentan este diálogo carcajadas ruidosas, re-cias tajadas de pernil, vasos de chicha burbujeante.

\*\*\*

A las tres de la tarde vamos al Cuartel en busca de los caballos: vieja casa con viejas ventanas en-verjadas; quedan rastros de la encaladura junto a los aleros. Frente a la puerta paséase un soldado; un hombre bajo, de espaldas macizas, nariz aplas-

tada como por un puñetazo; miran sin rencor unos ojillos zorrunos, atisbones.

Mi amigo lo saluda familiarmente. Me produce la impresión de que maneja a los aldeanos con sus ademanes despreocupados de gran señor.

—¿Cómo te va, ñato?

—Muy bien, don Luis—responde el centinela con idéntica familiaridad.

Al penetrar al patio se siente un terrible olor a cuadra descuidada, a fermentos de guano de caballo. Bajo un corredor dormita un jamelgo, cuyo lomo coronan rosadas mataduras.

El Comandante, invitándonos a pasar a su Oficina, le dice a mi amigo:

—Ayer encontró el *Nato* a un hombre en el despacho de los gringos. Dice que viene de Naltahua y da nombres. ¿Quiere verlo?

—Vamos, don Juan. Debo conocerlo.

A mi amigo le interesa este misterio que rodea los salteos de la región. Tiene, naturalmente, su opinión propia sobre la materia. Como buen minero, aborrece la vida arremansada de los agricultores y sobre todo la de los comerciantes rurales que, por medio de vales convertibles en mercadería, explotan la credulidad del trabajador.

—Hacen bien en exigirles este impuesto obligatorio de vez en cuando—me ha dicho risueño—. Sobre todo romper los vales... Eso es genial...

Entramos a un cuartucho enladrillado, muy oscuro. Hay un ventanillo enrejado que da al patio. Recorta, también, su trocito de tierra roja y su puñado de cardos en descomposición. En el primer momento no vemos a nadie. El Comandante llama:

—¡Faúndes!

Surge del camastro un poncho oscuro que se arrastra por los ladrillos. Ante la luz se ve la cara adormilada de un hombre de poderosa osamenta. Parece agotado. La barba ríspida le da un aspecto de suciedad. En sus ojos, que apenas miran, hay una especie de timidez forzada.

Mi amigo se dirige al preso sin titubear:

—Yo lo conozco a éste. ¿No trabajabas con M. Reyé en el Molino de Naltahua?

Adopta siempre la jerga popular para dirigirse a los trabajadores. La imagina una muestra de superioridad y de confianza al mismo tiempo. Es otro de sus procedimientos.

—Sí, patrón—contesta el hombre—, al principio y después en los piques.

Mi amigo se dirige, ahora, al Comandante.

—Debe soltarlo, don Juan. Me lo puedo llevar a la mina. Me falta, precisamente, uno para la cancha. ¿Querís trabajar conmigo en Llali?—preguntó de un modo brusco.

—Como no, patrón, conozco el trabajo de cancha.

El Comandante asiente risueño. Quizá contento de librarse del hombre sin responsabilidades.

—No hay ningún cargo en su contra. El *Nato* lo encontró en el camino, dice.

—Al *Nato* le ha dado por las pesquisas—agrega mi amigo.

Comprendí su intención y la actitud indecisa del Comandante de Llali. Ninguno de los dos quería comprometerse; el primero para alejar el peligro de un salteo en su mina: el segundo, por miedo al hombre de los dos chocos, el verdadero dueño de la región, en el fundo. Había también, en ambos, como una tácita admiración a la habilidad de los salteadores, a su falta de respeto al comerciante que, sin trabajo ninguno, venía a enriquecerse a costa de todos. Estos hombres sin Dios ni ley resolvían un problema de justicia, en contra de los patrones que arrendaban a españoles o a sirios los despachos de sus tierras. Los concesionarios eran algo así como banqueros del terrateniente y contaban, por esto, con la impunidad de sus manejos.

\*\*\*

Al atardecer abandonamos el villorrio. A la salida, mi amigo se detuvo en una casita aislada en el camino: tejadillo nuevo, todo rojizo de greda cocida; puerta desnuda, con una cruz blanca, a brocha; en un techado, a la izquierda de la casa, amarillean los choclos. Mi amigo me convida a descender algunos minutos; va a remover los toperoles de sus botas yanquis, cambiadas en el Cuartel, en casa del único zapatero de Llali.

En el cuarto oscuro (paredes desnudas, suelo sin tablas), frente a un banquillo de zapatero, un hombre enorme, de recio cráneo, taquillea en un zapato de niño con un martillito reluciente. Amplia frente bombeada; una barba rojiza rodea su cuello en forma irregular.

—¡Buenas tardes, maestro Hilario!

—¡Cómo está, don Luis!

Miran un segundo unos ojos grandes, fríos, pero noblotes, de un gris de acero.

—Aquí vengo a cambiar los clavos, maestro.

El maestro Hilario deja su zapatito. Mi amigo pone su pie en el banquillo; las manos de gruesos dedos manipulan con lentitud. Hay algo en este hombre que se escapa a mi observación del momento. No es el tipo de campesino, de cara inexpresiva, que cuida ovejas o siembra en medias una chacra o un trigal. Tiene no sé qué de independiente, de agresivo. Actitudes desembarazadas que no son la pasiva mansedumbre del costeño descendiente de changos ictiófagos. Esta idea se acentúa a un estridente grito del hombre:

—¡Bájate!

Un chiquillo harapiento, encaramado en una silla, ha vaciado el cajón de un velador y llora asustado. Se desparraman por el suelo innumerables tiros de escopeta. Igual expresión de pavor se retrata en las facciones de la mujer flaca, que, del patio, entra

apresurada y se lleva al niño. Una vieja, que no había visto, carraspea en un rincón, junto al lecho de madera. Yo mismo escucho asombrado los latidos de mi corazón. ¿Qué tiene ese grito de salvaje, de insólito, de poco humano?

Mi amigo no se inmuta, sin embargo. Mira unos instantes las cápsulas rojas y verdes esparcidas en el piso e interroga:

—¿Ha cazado muchas tórtolas, maestro Hilario?

El hombre levanta sus ojos de acero. Una dentadura vigorosa, de maravillosa blancura se muestra en la sonrisa. Dice con voz pausada, ligeramente ronca:

—Me voy a las pozas, detrás del despacho de los gringos. Hay un paradero de tórtolas. Les pego al vuelo cuando cruzan. Van a caer como flechas en el pastito. Algunas ¡paf! hacen en el suelo de puro gordas.

El maestro Hilario ha cubierto de toperoles un arco de pelotoncitos azulencos, la suela de la bota. Mi amigo desciende con esfuerzo la gorda pantorrilla y golpea en el suelo no sé si para aplastar las puntas o desentumecer los músculos.

—¿Cuánto le debo maestro?

—A usted nada, don Luis.

—Muchas gracias, maestro Hilario.

Mi amigo, a una pregunta que le hago sobre este personaje tan típico, me responde:

—Viven allí una serie de personas amontonadas. Una vieja que se quedó sola, viuda de un amigo de él, que mataron los carabineros por no sé qué historia de cuatreros, y una porción de chiquillos que no se sabe si son hijos de él o de otro.

Volvemos a montar. Los cerros chatos parecen tallados, a esta hora, en la amatista lavada de la tarde: una muralla de nubes inmóviles, del mismo tinte, se estaciona en el invisible horizonte del mar.

Las rinconadas filtran una sombra violeta, acuosa. Los ranchos de totora, perdidos en los ángulos de las escarpas, dan la impresión de estar deshabitados. A veces, sólo el brochazo de oro de los choclos que se tuestan al sol o la llamarada muerta de los ajíes secos denotan su presencia en la sombra.

### III

La mina de oro que mi amigo bautizó con el nombre de Llali, porque las mañanas, según él, gorjeaban con el gritito agrio de los llalis costeños, era una ventana abierta al paisaje, a media falda de un cerro. Acumulábanse las jorobas hacia el mar, a menudo partidas por quebradas oscuras donde la lejanía hilaba su vaho azul. Verdeaban los molles en grupos aislados. Los espinos sombreaban la tierra roja con el negro arañazo de su ramazón. Herida descubierta de la tierra, blanqueaba a veces el lecho rubio de un estero. Océano de muertas olas donde se cernía el vuelo lento de los jotes. De la costa llegaban en las mañanas nieblas veloces, tumultuosas, como si tuviesen aún en su seno el fermento de la marea que las engendró.

La mina de mi amigo no me produjo la emoción que yo esperaba. Imaginábame ver el oro fulgiendo vivamente entre los pedruscos; pero sólo una línea rojiza, que caracoleaba por la juntura de las piedras, en el socavón, indicaba su presencia. En el fondo de la galería, dos hombres barrenaban la roca viva. Sonaba un tiro cada cierto tiempo y un apir, en su capacho de cuero, arrojaba las piedras en la cancha. Se me ocurrió que esas piedras de gris opacidad no podrían contener oro. Mi amigo, hábil negociante, habíase convencido de que existía allí un filón y lo quería hacer creer a los demás a fuerza de simpática persuasión personal.

Cuando yo, en broma, le expuse mis dudas, tuvo pronta la respuesta.

—Es mucho mejor que el oro no se vea. En esta forma no se quedan con la mayor parte los mineros ¿No es cierto, viejo?

Se dirigía al viejo Venancio que, con un fuelle lleno de parches, sacaba una llamita vivaracha, silbadora, de la fragua.

Venancio era un viejecillo pequeño, al que las arrugas y la edad redujeron al *mínimum*. Su voz sin timbre asintió benévola:

—¡Muy cierto, patrón! La plata y el oro que se han llevado los cangalleros en el norte. Don Tomás Urmeneta decía, por eso, que el cobre es la mina que rinde más, porque hay que moler las piedras para sacarlo.

Aquellos pedruzcos grises que, cada tres días, venía a buscar una tropilla de mulas costeñas, iban a una fundición, a cinco leguas de allí. Dábanme una impresión de lejanía en el tiempo, de cosa colonial aquellos animalejos orejudos, pequeños o grandes, y los hombrecillos de ojotas y deshilachado poncho que las cargaban. Las veía disolverse, a la distancia, despaciosamente, en el camino que trepaba el cerro. Mis ojos agotaban su poder visual, antes de que la caravana, con el lento balanceo de los capachos, doblase el cerro.

En las noches, junto a la hoguera de espino seco, oía hasta adormecerme las consejas del viejo Venancio sobre fantásticos cateos. La leyenda del oro oculto en la tierra que pena, como si tuviera un alma de luz, en la soledad de los piques y chiflones, durante el sueño de los mineros. Nunca olvidaré aquella tez cetrina, lamida por el lengüeteo temblón de las llamas, en cuyos ojos lucía, sin agotarse, la esperanza de descubrir algún filón que lo hiciera millonario.

Hacía una semana que permanecía en Llali cuando el *Nato* trajo un telegrama para mi amigo. Los franceses habían decidido venir a la mina. Mi amigo desplegó una actividad alocada. Daba órdenes contradictorias. Estallaba, por cualquier motivo, en violentas cóleras que, de improviso, se apagaban en una sonrisa condescendiente. ¿Qué le pasaba? Dárame cuenta de que, a pesar de sus arrestos de luchador, quería la vida ciudadana, la vida de restorán, las mujeres hermosas doblegadas ante su generosidad de millonario. Este cuerpazo, donde se agitaba un espíritu original, no había sido tocado por el ala encantada del amor. Todo lo esperaba de este negocio. Los barreteros y apires mostraban una actitud embarazosa. Sólo el viejo Venancio sonreía, quizá enterado más que nadie, del secreto de la negociación, tirando con paciencia el viejo fuelle asmático.

El *Nato* quedóse a almorzar en la mina a una invitación de mi amigo. Debía llevarle las muestras del mineral en sus prevenciones.

Cuchareó en la olla de greda donde se espesaban los porotos, entre rojas puntas de ají. Era él quien hablaba, con cierta calma bravucona de hombre que no se deja embaucar así no más. No era de la región, alcancé a oírle. Volvía al tema de los bandidos que asaltaban los despachos. Al jefe de los terribles chocos gemelos.

—Esos salteadores que no se ven—decía—no tienen ni coraje.

Los bandidos del sur, esos sí, presentan combate y han vencido a los gendarmes en los bosques y en las quebradas, después de heroico perseguimiento.

Los mineros no decían nada, sopeando en la olla y masticando con esa calma característica del chileno de pueblo cuando come.

Mi amigo, que lo oía, lo interrumpió, mostrándole la carabina vieja, tendida a su lado.

—¿Y con esa escopeta querís pillar al de los chocos, *Nato*?

Los mineros rieron la gracia del patrón. La voz cascada del viejo Venancio se oyó de pronto, con cierto dejo irritado:

—La bala debe salir dando vueltas como volador por ei.

Los mineros rieron esta vez abiertamente; pero el soldado no se inmutó. Sus ojillos atisbones no perdieron su brillo incisivo, ni su voz el tono fanfarrón:

—Too epende del hombre que la maneje, on Venancio. Algo se hará si me llega la vez.

(*Concluirá.*)